

Ética, buen vivir y coronavirus

MSc. Jorge Aragón
Investigador

Las epidemias han sido responsables de la caída de grandes imperios, bien factores estratégicos clave en célebres triunfos militares que llevaron a notables virajes históricos. Su surgimiento pone a prueba la capacidad humana de recuperación y adaptación ante situaciones adversas, culminando ineludiblemente en transformaciones de base económica.

De la misma manera que son oportunidades para la exaltación de los más altos valores humanos, las epidemias han dado lugar a las acciones más perversas posibles. Una mediana comprensión de la enfermedad abre siempre la posibilidad para su utilización como arma de guerra. Lo anterior puede observarse en acciones tan brutales como el uso del cuerpo de los infectados de peste para ser catapultados en la conquista de los mongoles a Caffa en 1346, así como en la “fabricación de hambrunas” derivadas de prácticas de acaparamiento, como retrata Carlos Marx en el famoso capítulo 24 de su obra *El Capital*.

Las epidemias son asuntos públicos que demandan el trabajo colectivo, comunitario. Siendo los enemigos más grandes de lo que podríamos llamar “normalidad”, han empujado a la especie humana a ir más allá de su natural reacción primaria ante lo desconocido, el miedo, para dar paso a la búsqueda de relaciones causales a partir de la observación empírica y la experimentación. También, han dado lugar a la especulación (en el mejor sentido de la palabra), de la cual derivan mitos e imaginarios que le permiten a las sociedades dar sentido a su existencia.

Inventando lo que necesita, cada sociedad construye sus biografías.

Sucede que ante las epidemias la lógica humana de “culpar al otro” es una narrativa que siempre se repite, acaso como mecanismo colectivo de defensa. La hemos visto reflejada en retóricas como “la peste negra vino de Catay, por lo tanto, es culpa de los chinos”; “la sífilis vino de las Indias Españolas”; o, una más reciente, “el SIDA nació en Haití”. Indudablemente, el SARS-CoV2 también provocó una avalancha de reacciones, memes y fake news, que se disputan un lugar en la narrativa oficial, esa que se encuentra legitimada por el big data y el discurso médico y científico. Después de todo, hablamos de un relato aún en ciernes: el “covidiano”.

La narrativa asociada al coronavirus sostiene el argumento de que el mundo ya no volverá a ser el mismo. Desearíamos que esa ficción tuviera algo de realidad, más allá de su banalidad cargada de incertidumbre, pues el modelo de vida basado en el acaparamiento es ya insostenible. Hoy hablamos de reactivación e, incluso, reorganización económica. Ese discurso debe allanar el camino para la construcción de una nueva ética para la época que se avecina, que debería estar fundada en los valores del Buen Vivir: respeto por la naturaleza, vida en comunidad con el cosmos y equidad.